

LA LUZ DEL PORVENIR

<p>Precios de Suscripcion. Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.</p>	<p>REDACCION Y ADMINISTRACION Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal. SE PUBLICA LOS JUEVES</p>	<p>Puntos de Suscripcion — En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta ?</p>
--	---	---

SUMARIO:—¿Por qué?—A Elena.—A Enriqueta.—Un consejo medianimico —Dios

¿POR QUÉ?

Hé aquí el gran problema, el misterioso problema de la vida; dos palabras que serian la desesperación de todos los que sufren, si en el fondo de todo sufrimiento no germinara alguna consoladora semilla de esperanza.

Cierta noche, una amiga mía, Elena, entró en mi aposento envuelta con su largo manto de luto, dejóse caer en un sillón, cogió mi diestra entre sus pequeñas manos, y fijando en mí su profunda y melancólica mirada, me dijo con acento desfallecido:

—Amalia, ¿por qué seré tan profundamente desgraciada? respóndeme, por piedad, por qué?...

La miré y no supe qué contestar, pues hay preguntas de contestacion difícilísima, me sonreí tristemente y le dije con amarga ironía:

—Sin duda ignoras el valor de la pregunta que me haces: si tú no sabes el *por qué* de tu infortunio, cómo quieres que yo esté más enterada de tus propios asuntos? ¿Ignoras, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena?

—Es que yo me vuelvo loca: hay momentos en que me falta la tierra bajo mis plantas y me asfixio: tan cargada de vapores mefíticos está la atmósfera que me rodea. Hoy me encuentro en una de esas crisis terribles, y vengo á ver si tú sabes dónde podré hallar consuelo.

—¿Dónde?... ¿dónde, me dices? En tí misma; no hay más refugio que uno propio porque en nosotros llevamos el germen de todos los dolores y la fuente inagotable de todas las compensaciones.

—Estás en un error, Amalia, y en un error gravísimo, te lo aseguro: yo llevo en mí el germen, como tú dices, de un verdadero infortunio, pero no la compensación á mi adversidad. Escúchame y juzga.

Tú ya sabes que mi juventud fué dulce y poética. Mis padres me amaban, mejor dicho, me adoraban; rodeáronme de cuanto bello y armonioso encierra la tierra; muchos hombres me brindaron con su nombre y su amor: uno más especialmente insistió en su amorosa porfía, y yo, por compasión, creyendo en mi inocencia, que Augusto sin mi cariño no podía vivir, le dí mi mano y á medias mi corazón. A los seis meses de casados, comprendí, aunque tarde, que su pasión habia sido un capricho: hombre de malísimas costumbres, perdió en el juego mi cuantioso dote, y despues de sufrir todos los azares de la miseria, como es el asedio de los acreedores, con las convenciones de lo más prudentes y las amenazas seguidas de humillantes embargos é incautación de todo el mobiliario; después de vender todas mis joyas, siendo algunas de ellas memorias sagradas de mis mayores, estuve mucho tiempo sufriendo el ham-

bre y el frío, hasta que, faltándome el valor para sufrir más, llegué con mi pobre hijo á la casa de mis padres pidiéndoles hospitalidad; y mientras mi esposo, entregado á los goces de ilícitos amores, vive aún con una manceba, yo gimo en soledad espantosa. Porque mi padre ha muerto; mi madre se ha quedado, á fuerza de disgustos, que parece alelada, y mi hijo, desesperado, luchando con la adversidad, se ha visto precisado á ausentarse.

Madre mía, me dijo, déjame ir á recorrer el mundo, déjame ir donde nadie me conozca; allí trabajaré, si es necesario, aunque sea en las entrañas de la tierra. Aquí no puedo vivir; me tengo miedo á mí mismo; pues, cuando pienso en mi padre y veo nuestra desgracia, la sangre hierve en mis venas y creo que si le encontrara en mi camino, sería yo un segundo Caín, es decir, mucho peor que el asesino de Abel, ya que aquél mató á su hermano, y yo... mataría á mi padre. Déjame que me vaya, madre mía.

Yo no le dije vete, pero le estreché contra mi corazón, y se despidió diciéndome: ¡No me olvides en tus oraciones madre mía!

No creí que se marchaba en seguida; pero no volví á verle: veinticuatro horas después, horas de mortal ansiedad, un amigo suyo vino á hacerme saber que mi hijo iba ya cruzando el mar.

¡Qué golpe tan terrible para una madre! perder á un hijo sin saber á dónde le conducirá su destino! ¡Un hijo! ¡Tú no sabes, Amalia, lo que se quiere á un hijo!... Se necesita haber oído su llanto antes de haberle visto, para comprender lo que se ama á ese sér que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos: es preciso escuchar su primera palabra, recibir sus primeros besos, sentir la dulce presión de sus brazos en nuestro cuello, seguir anhelantes sus débiles pasos, enseñarle á rezar y á bendecir á Dios, vivir de su misma vida; sólo así, Amalia, sólo así se puede apreciar el dolor que produce la pérdida de un hijo!

Tú ya sabes como yo vivo, sin poder salir de día, porque mi ropa y calzado está en un deterioro tan completo, que no me es posible presentarme á la luz del sol en ninguna parte; siento muchas veces el horroroso frío que produce el hambre, y no tengo á quién pedir auxilio; busco trabajo y no encuentro; mi madre es anciana; sus desgracias y las mías la han abatido tanto, que no parece ella, me mire, se sonríe tristemente y exclama con amargura: ¡Si tu padre nos viera, se moriría de espanto!...

Tú dirás que te cuento lo que ya sabes de memoria; pero es el caso que esta noche he hecho comparación entre la felicidad de otra mujer y mi infortunio, y al comparar nuestros destinos, he dicho: ¿por qué ella es tan venturosa? ¿por qué soy yo tan desgraciada?...

Para pedir un favor he ido á ver á un abogado, y al entrar en su casa sentí un bienestar indefinible; subí una escalera alfombrada y entré en un anchuroso recibidor, donde había siete niños jugando alegremente; una señora anciana, de rostro bondadoso, vestida con la mayor elegancia, se afanaba en quitar el sombrero á los unos y el abrigo á los otros, y todos á porfía la acariciaban reclamando cada cual el derecho de dormir en el cuarto de ella por haber sido el más bueno durante el día.

Cuando me vió la señora, me hizo pasar á un salon lujosamente amueblado, viniendo á hacerme compañía una jóven hermosísima que llevaba una bata de casimir blanco con vueltas de raso celeste. Nada más dulce que su límpida mirada; nada más afectuoso que su franca conversación. Más de hora y media tuve que aguardar á su marido, y en ese tiempo supe que mi bella interlocutora se había casado á los diez y siete años con un hombre que la adoraba á quien ella correspondía con todo su corazón: llevaba diez años de matrimonio, y ni un solo día había visto nublado el horizonte de su vida: entre su madre, su esposo y siete hijos, no sabía á quien acariciar pri-

mero, porque todos esperaban anhelantes sus caricias. Poseía cuantiosos bienes, que su esposo aumentaba considerablemente con su buenísima administración; sus hijos se criaban sanos y robustos; no sabía lo que era el dolor, porque todo cuanto la rodeaba era risueño y apacible; su marido era un modelo de bondad; su madre le evitaba todas las molestias que ocasionan los niños, y estos eran tan dóciles y tan buenos, que no le daban el menor disgusto.

Entró su esposo, y besándola en la frente, díjole que le esperase en su gabinete y que no dejase de ponerse su chal de cachemir, porque hacía frío; la acompañó hasta la puerta del salón, y volvió á sentarse enfrente de mí.

Le suplico—díjome—que me perdone si he saludado antes á mi esposa; pero es tal la costumbre, que tengo de hacerlo así siempre que vuelvo de la Audiencia y de mis negocios, que si no la encuentro en casa, recibo una gran contrariedad: ahora me tiene usted á su disposición.

Mientras aquel hombre hablaba, yo pensaba en mi marido, en todas mis desgracias, y, sin sentir envidia, antes al contrario, dando gracias á Dios por hacerme ver en la tierra un trasunto de su paraíso, me pregunté á mí misma: ¿por qué para esta mujer adorable todas las felicidades y para mí todos los infortunios? Yo no he sido mala; mi padre me llamaba su pequeño ángel y mi madre siempre dice que iguala mi desventura á mi bondad; entonces... ¿por qué tan enorme diferencia entre aquella mujer y yo? ¿Por qué á ella se le ha concedido toda la dicha terrena, y á mí todas las desdichas humanas? por qué... por qué? .. No me respondes, Amalia? Tú que tanto escribes, tú que tanto estudias en la humanidad, ¿no puedes decirme cuál es la causa de esta desigualdad horrible... y desesperante?

—La causa hay que buscarla lejos, muy lejos.

—¿Dónde?

En el infinito de la vida, en esa vida cuyas vibraciones no se sabe cuando comenzaron, en ese más allá que no tiene linderos, pues el ayer y el mañana son medidas trazadas por los hombres: así como en el espacio no hay *arriba* ni *abajo*, de igual manera el tiempo no tiene líneas divisorias; y en ese más allá desconocido de unos, presentido de otros, negado por rutina, desfigurado por los sofismas religiosos; en ese más allá, amiga mía, en ese oriente y occidente de la eterna existencia del espíritu, está el por qué de la dicha de algunos y de la desventura de muchos.

—Lo que tú me dices no me satisface.

—Pues mira, lo único que yo puedo hacer en tu favor es publicar nuestro diálogo en el BUEN SENTIDO, en cuyas columnas colaboran escritoras que pueden ilustrar mucho mejor que yo el asunto que es objeto de tus dudas. Tal vez alguna de ellas te diga con más convincentes razones por qué hay mujeres dichosas y desgraciadas, teniendo iguales virtudes las que sonríen y las que lloran.

—¡Cuánto me alegraría! porque te aseguro que necesito ver claro, muy claro para no volverme loca. Si es que Dios existe, ¿puede ser injusto? No; y si no lo es ¿por qué yo vivo muriendo, cuando no he sido capíz de arrancar una flor y he llorado al ver caer las hojas secas? Si estoy limpia de pecado, ¿por qué he sufrido tanto?

—Ten calma, amiga mía; espera algunos días más, ya que tantos has esperado: haré lo que te he dicho; publicaré tu pregunta, y tal vez obtengas la deseada respuesta por consideración á tu infortunio; que mucho se puede escribir, que á profundas consideraciones filosóficas se presta ese interrogante ¿por qué?

En seis letras se encierra el gran problema de todos los tiempos.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Á E L E M E N T A

¿ P O R Q U É ?

No hay castigo sin culpa; obras sin merecimiento. todo tiene su justa compensación.

Dios existe. La negación de esa inteligencia infinita, increada, eterna de toda eternidad, sería la denegación de nosotros mismos; y el hombre en su orgullo podrá desmentir la sabiduría que preside en todos los efectos de la creación, rechazar la causa que rige las sábias é inmutables leyes de la naturaleza, pero es raro que desconozca los atributos de su ser inteligente espiritual, no como obra del legislador universal, origen de todos los orígenes, rey de reyes, Dios de todos los Gnomos ridículos inventados por los paganos de todos los tiempos y las religiones todas, sino como fruto del acaso mentiroso, negativo, producto de una idea tenebrosa replegada en el laberinto confuso del cerebro del hombre. ¿Qué es el acaso? La duda; la nada; Yo no se definirlo, ni cabe desenvolver lo que es un paréntesis entre la ignorancia de la nada, y la nada del vacío.

Dios existe. Miremos arriba y abajo, á derecha é izquierda y aún cerrando los ojos para rehuir las magnificencias luminosas de la naturaleza, tapando nuestros oídos para no percibir las armonías de sus incesantes conciertos, la luz divina que irrada en el sagrado recinto de nuestra alma foco de sus respladores, destellando un solo lumínar vendrá á herir su fálcida potencia la ceguera de nuestros sentidos y así exclamaremos: «Dios mio, yo te pre siento en el acelerado palpitar de mi corazón; yo te veo en este rayo de luz interior que me deslumbra: ciego era de espíritu y no vislumbre tu poderío, ¡perdon!

Bebamos en las aguas del progreso, en el rico manantial de la ciencia el licor de su bálsamo regenerador y nutritivo. apaguemos nuestra sed en el gran libro de la sabiduría.

Estudiemos y meditemos; ¿quién nos puede negar este benéfico pan, alimento de nuestra razón pensadora é independiente? ¿Quién puede abrogarse tal derecho sin patrocinar la extra-revolucionaria idea del monopolio de todas las ideas? Paso á la emancipación del derecho, paso al progreso, que en el último escalón de su trono se sienta con orgullo la civilización.

¿Que *por qué* eres desgraciada? *por qué* feliz aquella jóven venturosa? ¿Cuál la causa de estas dos contradicciones aparentes? ¡Ab! «La causa hay que buscarla lejos, muy lejos.»

—¿Dónde?— «En el infinito de la vida...»

Esto no te ha satisfecho; y sin embargo es cuanto se puede decir. Tu amiga, la escritora, Amalia Domingo y Soler, apóstol de la fe moderna y bienhechora á quien amo y admiro, pudo habértelo explicado con esa sencillez de estilo que arrebató y seduce, que encadena y convence. ¡Quién sabe! Tal vez su inspiración haya querido llamar á una puerta que, estando entornada, solo un débil empuje podía abrir sus hojas de par en par, y en esa oculta manifestación, dos pensamientos unísonos, reverberando en mi cerebro, me impulsára á cojer la tosca pluma para delinear los rasgos de una concepción que solo tiene de bella el fondo y la idea.

Con tu permiso Amalia, y contando con tu indulgente benevolencia y la de todas las escritoras que colaboran en LA LUZ DEL PORVENIR voy á atreverme, sin ser citada, á explanar ese pensamiento que, de propósito, dejastes un cabo en el aire que yo he procurado asir.

He dicho al principio que no hay castigo sin culpa, obras sin merecimiento; y tal es la ley de la suprema justicia. Para explicar esas anomalías cuya razón no comprende nuestro limitado entendimiento hay que ir á buscar el principio de las cosas, remontarnos al origen de la vida individual, é independiente de la materia, que reside en nosotros con la inteligencia de sus manifestaciones; á la infancia del espíritu en sus primeros destellos y elucubraciones; pero como no es mi propósito seguir la continuada série de sus transformaciones hasta que alcanza el grado de libre albedrío, que es cuando adquiere la responsabilidad de sus actos (tarea superior á mis escasas fuerzas y conocimientos), me detengo en este punto esencial para desenvolver á medias el por qué de ese *por qué* que lleva la desesperación al agonizante espíritu de Elena.

Así como en las diferentes fases de nuestra existencia corporal pasamos por un determinado número de años en los cuales y por sucesión progresiva y ascendente adquirimos cierta práctica experimental que puede ó no aprovecharnos, así el alma inmortal y preexistente á la vida terrenal, recorre una indeterminada série de diferentes existencias en los infinitos mundos de todos los grados que pueblan la inmensidad y los espacios descifrando en cada una de esas cortas peregrinaciones, y gradualmente, los misteriosos arcanos que encierra la ciencia divina en las sábias leyes que la glorifica, aprendiendo luego el conocimiento de un sér increado, superior á toda superioridad, á Dios, nuestro Padre celestial, por quién vivimos y á quien tributamos el homenaje de nuestro amor y reconocimiento alabándole en la pureza de nuestras obras, ó desconociéndole en el mal uso que hacemos de nuestras facultades. El *hoy* es consecuencia inmediata del *ayer* como el presente del mañana: si lloramos un bien perdido es por la desviación del sentimiento que lo produjo, y cuyo vacío implica la sustitución que á la pena correspondía. Todo se encadena y regula para sujetar con fuertes anillos la pirámide que vamos levantando con los esfuerzos de nuestras contrarias luchas en el seno de tantos y tan opuestos elementos de vida y muerte.

Si en nuestras precedentes existencias hemos sufrido ó hecho sufrir, infringiendo ó violando los preceptos sublimes que están grabados en la conciencia del hombre, esa página oscura, manchada, ha de lavarse, purificarse por medio de la expiación y el arrepentimiento, depurándonos hasta dejarla abrigantada.

Podemos juzgar de nuestro pasado, no del pasado de la tierra, sinó el de la inconmesurable eternidad, extra-terreno, por las pruebas del presente actual que decidirán nuestro destino futuro, según las hayamos soportado: si vencemos la gloria será nuestra; si sucumbimos se prolongará indefinidamente ese estado que acusa un retroceso en el estacionamiento á que debe ser condenado.

Todos los mundos que ruedan por las anchas llanuras del éter forman en conjunto el inmenso laboratorio de acción en donde el espíritu, vivificándose y depurándose por las diferentes encarnaciones y reencarnaciones, toma la esencia perfecta que le incorpora luego á esas moradas del Señor, llamados mundos de luz.

Tal es en compendio la explicación de ese *por qué*, la significación del grito de dolor que le exhaló. Si tú no hubieras llorado en el seno de la amistad, ese ángel intermediario entre tú y yo, no repercutiera en mi corazón los ecos que en el suyo dejó tu sollozar.

La casualidad hizo fijar mi vista en las hermosas líneas del artículo «¿Por qué?»
¡Por qué habrá sido así!

EUGENIA N. ESTOPA



ENRIQUETA (1)

Enriqueta era hija única de un matrimonio honradísimo, que habitaba en una aldea.—Ocupábanse tan solo los padres de cuidar sus escasos *terrones*, é inculcar en el alma de su *pequeña* (como ellos la llamaban, los sentimientos más nobles y generosos.—Niña aún, prestaba Enriqueta gran atención á los consejos de sus padres, y de ellos se aprovechaba con incansable afán.

Su madre, que aunque pobre labriega, poseía una inteligencia nada comun, tuvo especial cuidado en demostrarla, la diferencia que existe, entre una jóven regularmente educada, y la que, ignorante y nécia, solo piensa en satisfacer su vanidad.—Desde pequeñita, mandóla á la escuela, y aun cuando la maestra que la dirigia (como desgraciadamente sucede con muchas de nuestra provincia), no se distinguia por sus conocimientos intelectuales; Enriqueta hacia grandes adelantos.—Cuando dejaba la clase, ni un solo momento se detenia con sus compañeras, marchaba á casa, y en ella, despues de saludar cariñosamente á su madre, la ayudaba algo en sus quehaceres domésticos, y tomaba los libros que momentos antes dejara, estudiando con interés creciente la leccion, y descifrando su tierna inteligencia, lo que la *sábía* preceptora, no supo nunca comprender.—Pasó el tiempo, la niña llegó á jóven poseyendo una instruccion rarísima en su aldea, y los padres que comprendian se hallaban al nivel de su inteligencia, sus virtudes, no cesaban de dar gracias al Cielo, por haberles concedido una hija tan buena.

Cierto dia (faltaban 15 para una de las festividades de la Virgen), salió Enriqueta de casa con ánimo de tratar junto á tres de sus amigas, las condiciones del vestido y pañuelo que debian comprarse para el dia próximo de la fiesta.—Era asunto grave; cada una de ellas tenia en su bucha 200 reales, estos representaban las economias de todo un año, y no habia de emplearse sin consulta, tan respetable cantidad.

Al pasar junto á una casa de miserable aspecto, oyó Enriqueta amargo llanto, en el que, con desgarrador acento, sobresalian voces infantiles.—Ella, ya lo he dicho, era buena, su corazon sensible en extremo, deseaba ser útil á la desgracia, é impulsada por tan noble afán, empujó la puerta.—¡Qué espectáculo se presentó á su vista!—En un rincon de mísera estancia, un hombre, jóven todavía, yacia tendido sobre monton raquítrico de paja.... á su lado, llorando con dolor inmenso, una mujer y cuatro niños cogian sus calenturientas manos, besándolas con efusion, cual si con su escaso aliento, quisiesen devolver la salud al ser querido que agonizaba.—El hombre parecia un cadáver; su rostro demacrado y pálido, sus ojos hundidos en las órbitas, y su postracion completa, demostraban que horrible enfermedad minaba poco á poco su existencia.—La mujer.... ¿quién es capaz de describir su aspecto?—En su fisonomía, que marcaba aun líneas hermosas, se retrataba fielmente la pena de su alma.—Pena grande, avasalladora, terrible, pues que la causaban, la muerte que sobre su esposo se cernia, el hambre de sus hijos, y la carencia absoluta de recursos, para con ellos, ahuyentar la una, y mitigar el otro.—¡Pobre mujer!—Su hijo mayor llora y se desespera porque oyó decir al facultativo, que su padre con un medicamento podria salvarse, ¡pero cuesta 60 reales! Padre muere (exclama el niño), madre mia, por Dios compra lo que la receta dice.—Padre muere, ¡pan! ¡Madre, pan! claman sin cesar los pequeñuelos.—¡Hijos de mi vida! No desgarris mas mi corazon! No tengo dinero para salvar á vuestro padre, soy

(1) Aunque este artículo no ha sido escrito para LA LUZ, por su gran enseñanza moral nos complacemos en reproducirlo, por que encierra una leccion muy útil para las jóvenes.

impotente para saciar vuestra hambre: tened piedad de mí, y roguemos al buen Dios, nos envíe la salud de vuestro padre, ó nos quite á todos nuestra miserable vida.

Enriqueta ante tal escena, quedó muda de dolor y asombro, adelantó algunos pasos reprimiendo su emocion, y dijo con voz dulce y cariñosa:

—Buena mujer, antes de entregarse á esa horrible desesperacion, debió usted pensar que vive entre cristianos, y que ellos no han de dejar de socorrerla.

¡Ay señorita! (asi la llamban gracias á su natural distincion). V. por mi bien quizás, desconoce el egoismo de las gentes.—Hace tres meses que mi esposo está enfermo, durante ellos, he vendido todo mi pobre ajuar, hasta la ropa de mis hijos, para acudir á él y á nuestra subsistencia, y cuando ayer el médico me dijo que con 60 reales pudiera mi marido salvarse, nada absolutamente nos quedaba.—Vencí mi repugnancia, quise probar si por limosna me daban lo que nadie por caridad me ha ofrecido; fuí á tres casas de las mas acomodadas, y sabe V. lo que contestaron á mis ruegos: “Se acerca la fiesta de la Virgen y es preciso guardar el dinero para honrarla solemnemente; algo de dulces hemos de hacer, y los ahorros de las muchachas, son para sus vestidos nuevos, no disponemos de nada, pobre mujer“. Tres veces oí las mismas frases, tres veces me mostraron que no debo quejarme, pues cuando se trata de honrar fiestas, hacer dulces y confeccionar trajes, nada importa que se muera un pobre!—La infeliz mujer dejó caer la cabeza sobre el pecho de su moribundo esposo.

Enriqueta, ahogando el llanto, que pugnaba por salir á sus ojos, dijo á los niños:

—Hijos míos, yo os traeré pan, yo salvaré á vuestro padre: y ligera como una gacela, corrió á su casa.

—Madre—exclamó—necesito los 200 reales de la bucha, dámelos, madre querida, un hombre muere por falta de recursos, una familia agoniza por carecer de pan.

La madre nada entonces dijo: sacó la modesta bucha que encerraba las economías de todo un año á su adorada Enriqueta, y expresóse de este modo:

—Hija mia, vé, socorre con ese dinero á tan desgraciada familia: el dia de la Virgen no estará engalanado tu cuerpo, pero en cambio al postrarte á los piés de la Divina Madre, tu alma brillará con la más sublime de sus galas..... La Caridad.

Enriqueta cogió la bucha abrazando á su madre, fué á la casa del pobre enfermo, y dando á su mujer cuanto dinero tenia exclamó:

—Tome V. Juana (asi la infeliz llamábase), 10 duros hay aquí, son mis ahorros; con ellos, puede salvar á su esposo, y dar pan á sus hijos.

—Mientras dure su desgracia, yo velaré con V. al enfermo, mi madre que es una santa, me lo permitirá.

—¡Señorita, Dios la bendiga! V. salva á mi esposo, salva á mis hijos, y yo la prometo gratitud eterna; es poco lo que doy, pero á veces vale más la gratitud de un pobre, que las dádivas egoistas de ciertos ricos.

.....
Llegó el dia de la fiesta; todas las jóvenes de la aldea con sus nuevos vestidos de lana, pañuelos de seda, y airosa mantilla, dirigiéronse á la Iglesia; solo una entre ellas formaba contraste; Enriqueta.—Con su vestidito de percal, y usado pañuelo, llamaba la atencion de todos. Ninguna ignoraba que tenia llena su bucha, y no sabian á qué atribuir tan *poco respeto* á la fiesta. Unas á otras mirábanse sonriendo, y aun hubo alguna que huyó de su lado, porque la creyó inferior á ella. ¡Cómo si el traje hiciese á la mujer!

Efectuóse la funcion religiosa; la gente empezó á desfilas. Enriqueta y su madre, salieron las primeras, compadeciendo interiormente á aquellas pobres mucha-

chas, tan amigas de la ostentacion.—Al llegar á la plazoleta, vieron un grupo de cinco personas, eran cuatro niños y una mujer. Al ver á Enriqueta, echáronse á sus pies; todos á la par querian besar sus manos, todos querian manifestar su gratitud, y ella confusa y llorando, abrazaba á un niño tras otro, dando gracias al cielo, que tan dulcemente recompensa nuestras buenas obras.—Durante esta escena, la plaza llenóse de gente, todos la miraban conmovidos sin acertar la causa, hasta que Juana habló de este modo:

—Señorita, V. ha sido nuestro ángel en la tierra, con su dinero ha salvado á mi esposo de una muerte cierta, pronto podrá ganar nuestro sustento, y veremos renacer la dicha perdida.—Sin V. la miseria hubiese acabado con todos.

—¡Bendita sea, pues, ángel de la caridad! ¡Bendita sea mil veces! Y que Dios la conceda la dicha en este mundo, y la inefable muerte de los justos, cuando su alma pura deba volar al Cielo.

Las jóvenes bajaron con tristeza la frente; á tres de ellas, habíase dirigido la pobre mujer en demanda de auxilio, y las tres prefirieron adornar su cuerpo, á engrandecer su alma —Retiráronse todas, Enriqueta confundida por haberse hecho pública su generosidad, pero con la tranquilidad en el corazón, las otras.... ¿á qué mortificarlas ajando más su insaciable vanidad?

Desde aquel día, los pobres, no dieron otro nombre á Enriqueta, que el de "Ángel de la Caridad", ¿pero sabeis queridas mías la condicion que al practicarla dulcemente imponia?

La de que nadie supiese que ella socorria la desgracia.

La caridad (decia), que para publicarse se prodiga, deja de serlo, tomando el feo nombre de egoismo.

JOSEFINA.

UN CONSEJO MEDIANIMICO

Si la moral estudias afanosa
Y el bien procuras por doquier sembrar,
Si eres humilde, justa y cariñosa,
El anhelado bien conquistarás.

Sino te compadeces del que llora,
Sino corres su pena á mitigar,
Sino buscas solícita los medios

De prodigarle proteccion y pan.

En el atraso innoble y vergonzoso
Por siglos sumergida vivirás,
Y solo de tu estado lastimoso
Te sacará la tierna caridad.

CONCHA.

médium Clotilde

D I O S

Del volcan en las lavas ardorosas,
Del monte en la magnífica eminencia,
Del agua en la ondulante transparencia,
Del fuego en las serpientes luminosas
En los doseles de purpúreas rosas,
Del fresco valle en la agradable esencia,
Del bosque en la lozana florecencia,
Del cielo en las llanuras majestuosas.

En cuanto brota de la tierra inculta,
En cuanto al aire ténue se levanta,
En cuanto el mar en su interior sepulta;
En todo lo que aterra ó lo que encanta,
Nunca, Señor, al hombre se le oculta
La omnipotente huella de tu planta.

SEÑORITA PEREZ Y MONTES DE OCA.